

Rocca di Papa, 20 de enero de 1981

## Los misterios del rosario<sup>1</sup>

Hoy quisiera confiaros cómo rezo el rosario.

En el rosario están intercalados los llamados misterios, que son en general acontecimientos bíblicos que se proponen a nuestra meditación; por ello pienso que también nuestros hermanos no católicos amarán el rosario, si aún no lo aman. Los consejeros espirituales dicen que se puede decir el Ave María, casi mecánicamente, y mientras, pensar en el misterio que se menciona al empezar la decena.

Esto lo he probado y he visto que, pensando en estos misterios, hago un repaso de todo el Ideal. Así que he pensado: «Esto es lo que se necesita, que todas las mañanas sepa yo mis deberes».

Empecemos por los misterios gozosos, quiere decir los que nos proporcionan alegría.

En el primero ¿qué se medita? *La anunciación del ángel a María*, así que se medita sobre la Encarnación. Entonces, ¿qué pienso? Pienso enseguida en la Encarnación, es decir, en el Verbo de Dios que se hace carne en el vientre de María. Y entonces recuerdo que también a mí un día se me anunció un verbo, una palabra, cuando conocí el Ideal; y que ese verbo debe hacerse carne en mí cada día. Así, cuando digo el primer misterio de gozo, pienso en la Palabra de Vida y que esa Palabra de Vida debe encarnarse en mí.

Después llega el segundo: *María visita a su prima santa Isabel*. Aquí se evidencia el amor y el valor que tiene. Nosotros hemos descubierto que en el amor está todo. Entonces el alma se pone enseguida en alerta y dice: «Me pondré a amar a todos los prójimos que vea, trataremos de amarnos mutuamente, trataremos de ser perfectos en el amor».

Después llega el tercero: *El nacimiento de Jesús*. ¡Ah, sí! debo tener a Jesús en medio, tengo que llevar a Jesús en medio a todas partes. Esto es el cristianismo vivido: en medio nuestro está Cristo glorioso, resucitado; Hay que hacer que nazca en nosotros, generarlo en medio nuestro.

Después viene el cuarto misterio: *La presentación de Jesús en el Templo*. Se dice de Jesús que es señal de contradicción. He aquí el «contra corriente»; hay que ir contra la corriente. Así que durante el día trataré de no mirar esa cosa, de mortificarme en esa otra, de cortar rápidamente, haré morir mi voluntad y practicaré todas las mortificaciones: no mirar, no ver, no tocar, no probar. Además hago lo siguiente: como tengo la sensación de haber amado poco a mi ángel de la guarda, le doy todo mi contra corriente, todas las mortificaciones de mi yo se las doy al ángel de la guarda para hacerlo feliz, para que las lleve él a Jesús, y así tengo la impresión de pagar una deuda.

Llegamos al quinto: *La Virgen pierde al Niño Jesús*. Entonces «saber perder», perderlo todo, perder todo lo que no es Dios, lo que no es voluntad de Dios. ¡La gran sabiduría del perder!

Después el primero doloroso: *(La oración de) Jesús en el huerto*, precisamente cuando dijo: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (cf. Mt 26, 39). ¡Oh! La voluntad de Dios. Entonces repaso todas las bellezas de la voluntad de Dios. La voluntad de Dios, por la cual Sta. María Magdalena de Pazzi iba en éxtasis cuando la oía nombrar. Así que me digo: «Haré la voluntad de Dios, me “calaré” en la voluntad de Dios, me “rendiré” a la voluntad de Dios».

Después: *La flagelación de Jesús*. Sí, llegarán quizás dolores físicos, y también este cansancio que siento lo ofrezco enseguida, unida a la pasión de Jesús, porque así adquiere un gran valor.

Después, el tercero que es *La coronación de espinas*. Ahí me las he arreglado de este modo: como llegan también los dolores morales, los ofrezco todos en este misterio.

---

<sup>1</sup> Publicado en: Leonor Maria Salierno, «MARIA» negli scritti di Chiara Lubich, Città Nuova Editrice, octubre 1994)

Pero llega el cuarto. El cuarto es *La condena a muerte de Jesús*. Aquí me detengo siempre para meditar un poco. Llegará el día de mi condena a muerte, un día que no tendrá ocaso en esta tierra. Entonces, ¿qué debo hacer? Aceptarlo enseguida, con inmediatez. Y le digo a Jesús: «Cuando llegue mi condena a muerte, quiero aceptar como tú la muerte. ¿Pero cómo? Cuando tú quieras, donde tú quieras, como tú quieras: también debajo de un coche, o con una enfermedad, incluso con la lepra, o enseguida, o dentro de diez años. Yo la acepto, yo la quiero».

Después, el quinto: *La muerte de Jesús abandonado*. Ahí tengo delante a mi esposo y le digo: «Te elijo de nuevo, me consagro a ti, quiero amarte, siempre, enseguida, con alegría».

Después llegan los misterios gloriosos y está *La Resurrección*. ¡Es maravillosa la resurrección! Os confío una cosa: justamente uno de estos días dije: «Qué bella es la vida haciendo la voluntad de Dios, ¡es demasiado bella, Jesús! En estos días no te puedo ofrecer más que holocaustos de alegría, en vez que de dolor. ¡Qué estupenda es la vida, qué hermosa es la vida! Es bella porque te amo, pero –añadí– un día acabará».

Pues mirad, una mañana mientras hacía meditación con el rosario sobre la resurrección, me parecía que Jesús me dijese: «Pero no, Chiara, te equivocas, no acabará, porque la vida que tú amas es la vida sobrenatural, es la vida del amor a Dios, es la vida en la que se hace la voluntad de Dios. ¿Por qué suspiras pensando que acabará? No. La vida cambia, pero no termina».

«¡Ah! –le respondí–, ¡es cierto! ¡La vida que amo continúa, no acaba jamás!»

¿Entendéis, gen, ¡qué maravilla!?

Después viene *La Ascensión*; y pienso en este misterio: «Hoy mejor que ayer, mañana mejor que hoy». Porque hay que subir, como Jesús.

Después está *La Venida del Espíritu Santo*. Aquí me dirijo al Espíritu Santo, con quien estoy un poco en deuda, porque he amado mucho a Jesús, también he amado mucho al Padre, sin embargo al Espíritu Santo no tanto como quisiera. Entonces digo que quiero efectivamente poner remedio y quiero realmente amarlo, que sé que él es el protector de la Obra; y le ofrezco algunas cosas de mi jornada: las oraciones, mi meditación, el “ir en profundidad”, la Sta. Misa, etc.; en fin, todo aquello que es el alma del Movimiento.

Después, el cuarto: *La Asunción de la Virgen al Cielo*. Ahí tengo delante a María, otro misterio de nuestra vida. Entonces le digo: «Soy toda tuya, si me hago santa, será un pequeño regalo para ti. Échame una mano, tengo una madre y eres tú».

Después llega el último misterio glorioso en el que se contempla a *María reina del cielo y de la tierra y de todos los santos*. Ahí hablo un poco con la Virgen, con los santos que ya llegaron, les pido que me ayuden, que ayuden a todos los gen, que ayuden a todo el Movimiento; que nos lleven adelante, que hagan surgir muchos, muchos santos entre nosotros. Y así termina mi rosario.

¿No os parece bonito, gen?

Chiara Lubich